

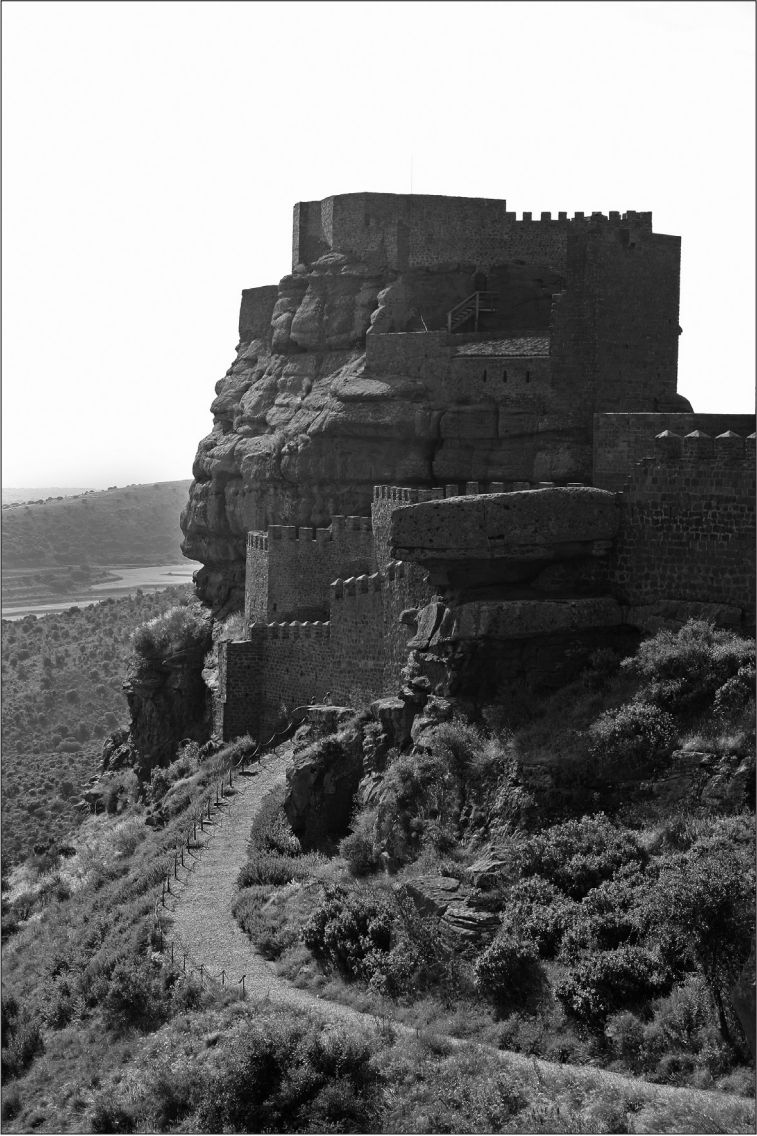
La cultura material en el castillo de Peracense (Teruel). Aspectos de la vida cotidiana en el Jiloca durante los siglos XIII-XIV¹

Antonio Hernández Pardos
Jesús G. Franco Calvo*
y la colaboración de José Luis Ona González

RESUMEN. Este artículo constituye un resumen del estudio realizado sobre el conjunto material del castillo de Peracense, recuperado durante las excavaciones arqueológicas realizadas en 1988. Se ha analizado el repertorio cerámico, así como una selección de los objetos metálicos y la fauna.

ABSTRACT. This article is a summary of the study on the material set Castle of Peracense, recovered during archaeological excavations in 1988. We analyzed the ceramic repertoire, and also a selection of metal objects and wildlife.

(1) El presente artículo, y la memoria de la que procede, recoge los resultados obtenidos en el estudio beneficiado en 2015 por la XIX Ayuda Xiloca a la Investigación concedida por el Centro de Estudios del Jiloca (CEJ).



A. Introducción

A pesar del desarrollo experimentado en las últimas cuatro décadas por la arqueología medieval en Aragón –con decenas de intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en núcleos urbanos, despoblados, fortalezas, monasterios, cementerios, etc.–, los estudios sobre el registro material recuperado y su interpretación histórica siguen siendo excesivamente escasos y parciales. En los últimos tiempos, la provincia de Teruel está ofreciendo un amplio e interesante conjunto de restos materiales –tanto muebles como inmuebles–, que la hacen destacar dentro del panorama peninsular, especialmente en núcleos urbanos como Teruel y Albarracín, donde las políticas públicas de recuperación del Patrimonio han resultado muy activas. De las numerosas fortalezas que fueron creadas en las tierras del Jiloca durante los siglos XIII y XIV, sobresale, sin ninguna duda, el castillo de Peracense, sobre el cual hemos desarrollado la presente investigación.

A la hora de abordar un análisis del registro material, el castillo de Peracense constituye un caso extraordinario, puesto que fue objeto de una intensa actuación arqueológica entre 1988 y 1991, desarrollada en paralelo a los trabajos de restauración. En 2015 se ha retomado la intervención arqueológica, bajo la dirección de los firmantes (HERNÁNDEZ et alii, 2016). Las siguientes páginas constituyen un resumen del estudio realizado sobre una parte del registro material hallado en el Castillo de Peracense. La metodología aplicada está encaminada a la obtención de una mínima lectura social de esa cultura material durante la Baja Edad Media, y de las relaciones sociales y productivas de las que es deudora dentro de la sociedad feudal.

B. Metodología

La caracterización histórica y social del castillo de Peracense pasa, en esta ocasión, por el análisis morfológico, estadístico y tecnológico del conjunto material recuperado en el castillo. Teniendo en cuenta que es demasiado voluminoso e inabordable sin una financiación suficiente, se ha optado por un trabajo más selectivo y de carácter intensivo, en el que se han escogido aquellos niveles y tipos de material que resulten del mayor interés para abordar el estudio de un modo fiable y sostenible.

El estudio llevado a cabo ha seguido el siguiente plan de trabajo:

- 1º, revisión general de los materiales procedentes del castillo de Peracense y depositados en el Museo de Teruel, especialmente de la Cata 4 (cajas 463/495), Cata 11 (cajas 535/542) y cajas 710/716.

- 2º, descripción de los niveles y estructuras documentados en la Cata 4 de 1988 para obtener la secuencia, acompañada de algún material gráfico de soporte: fotos y planos.
- 3º, revisión completa de la cerámica de la cata 4, con estadística de NMI, clasificación, análisis de formas y producciones, dibujo de las formas representativas y variables, y fotografías de las decoraciones.
- 4º revisión completa de objetos metálicos y de hueso, un conjunto formado por casi 200 objetos.
- 5º revisión de la fauna recuperada en la campaña de 2016 en la ladera hacia la poterna.

C. Antecedentes

La primera descripción de la fortaleza pertenece a Cristóbal Guitart en su clásico *Castillos de Aragón* (1976), quién lo visitó en la década de los 60. Si atendemos a las fuentes arqueológicas, contamos con las memorias de los trabajos arqueológicos realizados entre 1988 y 1991 y publicadas en *Arqueología Aragonesa* (ONA 1991 a y b, 1992 y 1994). Los resultados obtenidos en estas actuaciones permitieron reconocer una dilatada ocupación del enclave del castillo, con la presencia de varias fases que se extienden desde la Edad del Bronce hasta el siglo XIX. Aunque el estudio completo todavía no ha sido publicado, parece que la mayor parte de las estructuras se levantaron entre finales del siglo XIII y el XV, mientras que en la primera mitad del siglo XIX fueron reocupados los recintos intermedio y superior con motivo de la I Guerra Carlista.

Las referencias procedentes de las fuentes documentales provienen básicamente de varias recopilaciones relacionadas con la historia de Daroca y de su Comunidad de aldeas (CAMPILLO 1915, ESTEBAN 1959), la historia de Albarracín (ALMAGRO 1964) y con los castillos turolenses (ANDRÉS 1960). La primera síntesis general dedicada al propio castillo se basa fundamentalmente en los documentos recopilados, sin incorporar novedades en el aspecto material, aunque permite hacerse una buena idea de la intensa vida que tuvo el castillo (GUITART y VICENTE 1989).

La estratigrafía

Los materiales arqueológicos analizados en el presente estudio fueron recuperados, en su mayor parte, en 1988, durante la intervención arqueológica desarrollada y vinculada con la restauración de la fortaleza. Concretamente, el conjunto cerámico procede de la Cata 4 (denominada Cata 88-4) (Fig. 1), sondeo abierto en la mota que cierra la explanada del Recinto Intermedio, contiguo a la base de la escalinata y próximo a la Cata 2 y Cata 3.

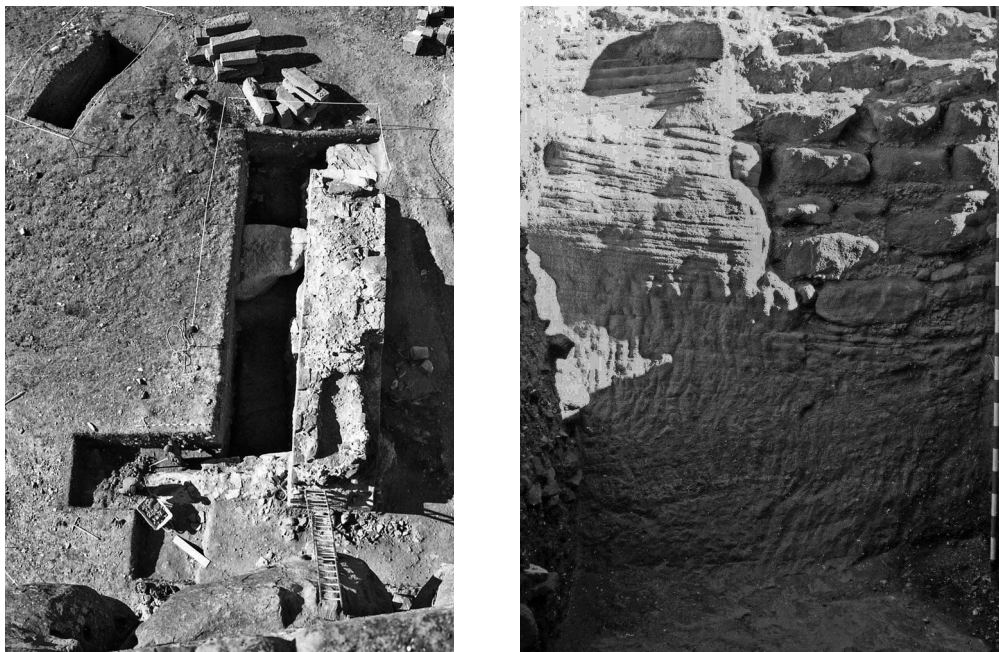


Fig. 1 y 2. Cata 4: vista general, a la izquierda, y pared excavadas en la roca, a la derecha (Fotografías de J. L. Ona).

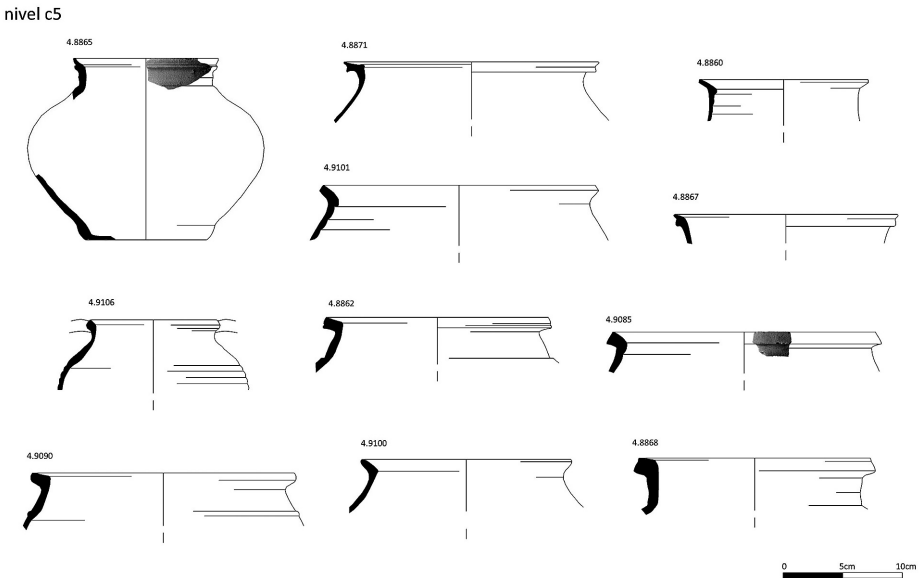
La estratigrafía, según la documentación elaborada en su momento por J. L. Ona, está formada fundamentalmente por una acumulación de varios depósitos de tierra (niveles c1/c8), sobre los que se levanta una estructura de planta rectangular construida mediante sillarejos y que corresponde a la base de la escalera de madera que permitiría el acceso al Recinto Superior. Los niveles de tierra situados por debajo, que contenían carboncillos, cenizas y escombros, están amortizando una estructura precedente excavada en la roca y de probable planta rectangular. Las paredes de roca están perfectamente repiqueteadas, situándose el suelo a 2,60 m. de profundidad, y presenta un muro de sillarejo (Fig. 2). La estructura fue identificada por Ona como un probable aljibe.

El material objeto de estudio ha sido seleccionado entre los niveles b3, b4, b5, c2, c4, c5 y c7 de la Cata 4, la mayoría de los cuales parecen formar parte de un basurero vinculado con el uso cotidiano de la fortaleza durante los siglos XIII y XIV. Se trataría de un vertedero de grandes dimensiones –seccionado por las catas arqueológicas 2, 3 y 4–, localizado en el patio del Recinto Intermedio aprovechando varios espacios existentes que se amortizaron. Con posterioridad, quizás en el siglo XV, se levantó la base de una escalera de madera para acceder al Recinto Superior, estructura que quedó apoyada sobre una parte del antiguo basurero.

D. Las piezas cerámicas bajomedievales

A partir de criterios morfológico-funcionales, se han clasificado los diversos tipos de recipiente recuperados en la Cata 4. Desde el punto de vista cuantitativo, el grupo más numeroso es de mesa, al que pertenecen la mitad de las piezas identificadas, y le sigue el grupo de cocina.

Dentro del grupo de cerámica de cocina, se han identificado ocho tipos de olla: tipo 1 o borde vuelto en pasta gris, tipo 2 o labio oblicuo en pasta gris, tipo 3 o labio oblicuo, tipo 4 o labio bifido, tipo 5 o borde rectangular en pasta clara, tipo 6 o borde rectangular, tipo 7 o labio en cornisa en pasta gris, y tipo 8 o borde en pico (Fig. 3). Junto a la olla, en los procesos culinarios se usaría el anafe o fuego portátil, y el mortero, destinado a elaborar salsas. El tipo cerámico mayoritario con diferencia es el de las ollas, con 85 individuos, el cual, además, constituye el grupo con una mayor variedad formal. En cierta manera, su fuerte presencia se considera habitual, teniendo en cuenta que se trata de recipientes intensamente usados para la elaboración de alimentos, y con alta probabilidad de romperse y de acabar siendo eliminados como basura. El uso tan abundante de ollas indica que el modo habitual de elaboración de alimentos sería la cocción en caldo, proceso que necesita este tipo de recipientes globulares.



Destinados al almacenaje, las piezas mayoritarias son la tinaja u orza, destinada a guardar los sólidos, y el cántaro. A pesar de la importancia que tendría realmente el almacenaje de alimentos y bebida, el grupo de cerámicas destinadas a este uso es bastante reducido, lo que indica que se acompañarían de piezas elaboradas en otros materiales perecederos. Por otro lado, el carácter pesado de los grandes contenedores facilitaría su conservación, y su menor deterioro, lo que a su vez reduce la cantidad de fragmentos desechados en un basurero.

En la mesa, la variedad es mayor, con la escudilla, la fuente, el tajador y el plato carenado para el servicio de alimentos, y la cantarilla, el pícher, la botella, el terrazo o jarrita y el jarrito para la bebida. También se ha identificado una pieza de iluminación. El segundo grupo a nivel cuantitativo, detrás de las ollas, lo forman las escudillas, el recipiente destinado al consumo individual en época medieval. Si bien se han identificado 38 individuos, es posible que su número sea mayor. Este servicio se completaba con la fuente, con 8 individuos, pero hay que destacar la ausencia del tajador, un recipiente amplio y de perfil profundo muy habitual en los contextos bajomedievales peninsulares. En cambio, la vajilla destinada a la bebida es realmente escasa, formada por 10 formas de terrazo, destinado al consumo, y 22 recipientes usados para servir. Teniendo en cuenta la importancia del consumo del vino, el reducido número de jarritas indica que se acompañarían de piezas elaboradas en otros materiales perecederos.

E. El repertorio cerámico

Los conjuntos cerámicos analizados abarcan una horquilla cronológica que se extiende desde la primera mitad del siglo XIII (en el caso del nivel c7) hasta mediados del siglo XIV (en el caso del nivel b3), período durante el cual estuvo en uso el basurero ubicado en el patio del Recinto Intermedio. Como ya se ha indicado con anterioridad, el vertedero amortizó un espacio excavado en la roca y situado a cota inferior, el que pudo estar en uso a inicios del siglo XIII. El repaso a los diversos conjuntos cerámicos permite reconocer perfectamente la transformación del repertorio cerámico consumido en esta fortaleza del extremo sur de Aragón, complementando el panorama documentado recientemente en la Judería de Teruel (HERNÁNDEZ 2014). Así, observamos una primera etapa, durante los dos primeros tercios del siglo XIII, caracterizada por una reducida tipología de recipientes cerámicos, aunque con una inusitada variedad formal en el caso de la olla. Este aspecto es especialmente reconocible en los niveles c2, c4 y c5 (Fig. 4). Las manufacturas parecen ser foráneas, sin evidencias claras de las manufacturas turolenses, lo que permite situar estos contextos inmediatamente antes de la primera fase documentada en la plaza de la judería turolense. La introducción en la vida del castillo de aquellos productos se va pro-

ducir de modo paulatino, especialmente a partir del último tercio del siglo XIII, con la introducción de la olla tipo 6 y las primeras piezas esmaltadas. Si bien estos alfares comenzaron su actividad hacia mediados de la centuria, su distribución en el castillo indica que aún tardaron algunas décadas en alcanzar el mercado local, que rápidamente monopolizaron. A partir de inicios del siglo XIV, el dominio de las manufacturas turolenses es claro.

Sin embargo, los recipientes cerámicos constituían una parte de la vajilla utilizada en el castillo. A pesar de las dificultades para su estudio, el ajuar doméstico se venía acompañado por piezas elaboradas en vidrio, en metales como hierro o bronce –que han dejado escasas evidencias-, pero sobre todo en materiales perecederos. Estos constituían, posiblemente, una buena parte de la vajilla, sobre todo hasta el siglo XIV, cuando la industria alfarera fagotiza una buena parte de la vajilla, hasta entonces elaborada en otros materiales (ALEXANDRE-BIDON 2005; LÓPEZ Y COLL 2006). El conjunto de recipientes de vidrio hallados en el castillo de Peracense es bastante escaso, y está formado, al menos, por las siguientes formas incompletas: botella, copa, ungüentario y fuente. Esta exigua colección de recipientes de vidrio, no constituyen sino una excepción, dentro de un ajuar que debía resultar menos costoso. La presencia de determinados objetos de lujo, como son los elaborados en vidrio, responde a la presencia en el castillo de algunos pobladores pertenecientes al grupo social privilegiado de los caballeros.

nivel c4

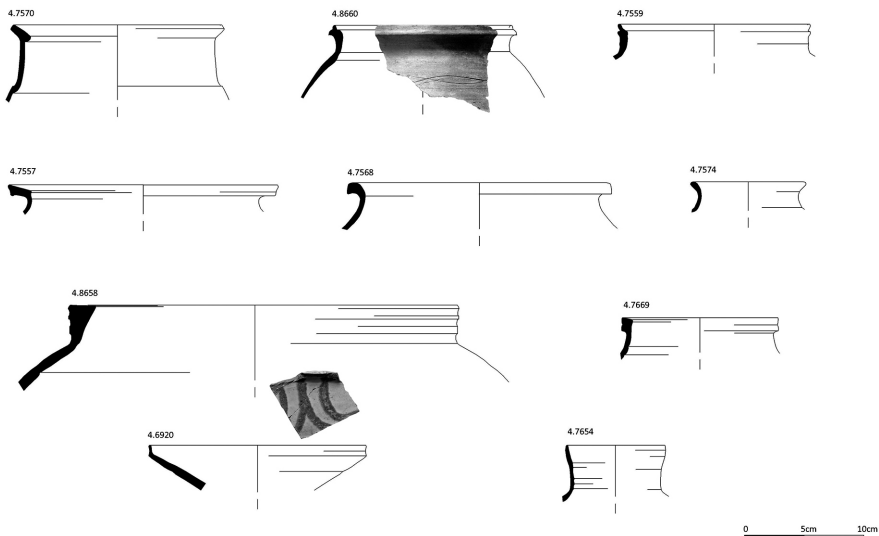


Fig. 4. Cerámicas del nivel c4 (Dibujos de Antonio Hernández).

Si se compara este panorama del castillo de Peracense con otros contextos arqueológicos coetáneos y con el repertorio productivo de los alfares turolenses, llama la atención la ausencia o presencia minoritaria de determinados recipientes. Y esta circunstancia se debe, sencillamente, a que una parte de la vajilla utilizada en el castillo debió estar elaborada con materiales perecederos, como madera. Las fuentes iconográficas, pero especialmente los inventarios testamentarios medievales son contundentes al referirse a los recipientes fusti o de fust, especialmente en el caso de los inventarios catalanes y valencianos. Con estos términos se aluden a los objetos elaborados con maderas poco duras como olmo, haya, boj y brezo, así como mimbre y caña. A pesar de la contundente presencia de la cerámica, la realidad es que hasta el siglo XIV la mayor parte del ajuar doméstico medieval estaba elaborado, primero con madera, después con estaño o latón, y, por último, en cerámica. Del repaso a los inventarios (OLIVAR 1950), se deduce que en el siglo XIV el servicio de mesa contaba mayoritariamente con piezas elaboradas en madera.

F. El abastecimiento cerámico

El interés del material cerámico del castillo de Peracense procede de su condición de centro de consumo, y especialmente de tratarse de un emplazamiento militar, donde se pudieron dar unas pautas de consumo diferentes a los observados en centros urbanos y rurales. El estudio realizado ha permitido reconocer una variedad de soluciones técnicas y tecnológicas –es decir, producciones– en los recipientes que en su momento fueron desechados. Quizás el aspecto más interesante radica en las dos primeras mitades del siglo XIII, con anterioridad a la llegada de los productos elaborados por los alfareros turolenses, que se van introduciendo paulatinamente desde mediados del siglo XIII. Son varios los probables centros alfareros reconocidos en el repertorio del castillo de Peracense.

Meseta septentrional y Valle del Ebro superior

Dentro de la cerámica culinaria feudal elaborada en la Península Ibérica, una de las producciones identificadas corresponde con una olla elaborada a torneta o torno lento y mediante cocción mixta. Una de las partes de la pieza donde los rasgos de la torneta son evidentes es el fondo rehundido con un reborde (Fig. 4), que realmente corresponde a la conexión de la pella con la primera cinta o rollo de arcilla de la pared (MATESANZ 1995). La similitud formal y tecnológica permite relacionar varios recipientes hallados en el castillo con alguna de las alfarerías situadas en el Norte peninsular, como Palencia, y valle superior del Ebro, como Tudela, los cuales se distribuirían cómodamente por el valle del Ebro durante finales del siglo XII e inicios del XIII, período en el que todavía no se habían puesto en marcha los centros productores locales.



Fig. 5. Ollas a torneta (Fotografía de Antonio Hernández).

Valle del Ebro central

En el caso de las ollas tipo 3 o de labio oblicuo (Fig. 6), su área de difusión se extiende por el valle central del Ebro y Meseta occidental, situándose uno de sus centros productores probablemente en el área zaragozana (ORTEGA 2002). Su difusión durante el siglo XIII e inicios de la centuria siguiente en la Extremadura aragonesa, o en localidades de la Meseta como Ágreda, está bien atestiguada.

Área catalana

A pesar de que la producción de ollas grises en el territorio de los condados catalanes está muy consolidada en la bibliografía, la producción y distribución en territorios más meridionales no goza todavía de buenos trabajos. La presencia de importaciones de ollas presumiblemente catalanas está atestiguada en Aragón a lo largo del siglo XIII como en Alcañiz (ORTIZ y PAZ 1995) y Teruel (ORTEGA 2002).

Resulta muy llamativa la fuerte presencia en el castillo de Peracense de ollas grises dotadas de unos bordes vueltos y modelados con diferentes acabados. La diferenciación entre ejemplares con pastas claras con núcleos grises y pastas oscuras indica la procedencia desde, al menos, dos áreas productivas diferenciadas, y que, de modo provisional, se pueden ubicar en el área catalana. En el caso específico de las ollas grises tipo 7, caracterizadas por unos amplios labios moldurados en cornisa y elaborados con unas pastas muy compactas y depuradas (Fig. 6), es muy probable que procedan del entorno de Lérida, donde este recipiente es mayoritario a partir del

siglo XIII (MACIAS et alii. 1997). En el caso de las ollas grises tipo 4, dotado de unos labios bifidos, pueden proceder de la zona tarraconense (GONZALEZ y MALIKALAIN 1997).



Fig. 6. Ollas tipo 2 y tipo 7 (Fotografía de Antonio Hernández).

Teruel

A partir de mediados del siglo XIII, está atestiguado el inicio de la producción alfarera en la ciudad de Teruel, caracterizada por un fuerte influjo almohade en una primera etapa (HERNÁNDEZ 2014; HERNÁNDEZ y PÉREZ-ARANTEGUI en prensa). La pujanza de esta manufactura queda patente a partir del último cuarto de siglo, cuando se introduce la vajilla esmaltada, dotada de un extraordinario repertorio decorativo (ORTEGA 2002). La presencia en el castillo de Peracense de varios de los recipientes y soluciones decorativas turolenses demuestra la fuerte y temprana comercialización de los productos de Teruel, no solo hacia el Levante, sino hacia Zaragoza.

Área valenciana

Sin embargo, dentro de la vajilla importada que llegó a la Extremadura aragonesa, siguen sin identificarse los productos valencianos que pudieron llegar decorados en verde y morado, cuya semejanza con las cerámicas turolenses complica su identificación. En cambio, la detección de la vajilla esmaltada en dorado y azul de origen valenciano no tiene dificultades. Los escasos testimonios materiales permiten pensar que con anterioridad a mediados del siglo XIV pudieron llegar las primeras importaciones levantinas en dorado, tal y como se ha observado en el castillo de

Albarracín (ORTEGA 2002). El castillo de Peracense ha aportado un reducido lote de cerámica en dorado y azul. Se trata, en todo caso, de un número muy escaso de recipientes, lo que indica que este tipo de producción alfarera de prestigio apenas fue demanda desde esta fortaleza. El carácter suntuario de esta vajilla, con un público generalmente urbano, puede explicar esta circunstancia, lo que reduce las posibilidades de consumo a los habitantes más acaudalados del castillo, alguno de los caballeros que ocupó la alcaidía.

G. El equipamiento personal

La bibliografía referida a las excavaciones arqueológicas realizadas en el castillo apunta al hallazgo de diversos objetos no cerámicos en los niveles medievales, aunque sin entrar en más detalles, tales como puntas de ballesta, monedas, hebillas o apliques con decoración sobredorada (ONA 1990); puntas de ballesta y de flecha, clavos, herradoras, un cincel de cantero, dos dedales, un punzón de hierro con enmangue óseo, un amuleto de piedra (ONA 1991); un fragmento de dedal, una plaquita de bronce decorada, dos puntas de ballesta y un punzón de hueso (ONA 1994). El conjunto de objetos arqueológicos no cerámicos es reducido, y pertenece fundamentalmente a varios grupos: vestimenta de caballeros y armamento, y, en cantidad exigua, a varias de las labores cotidianas que se desarrollarían en la fortaleza: textil, carpintería y circulación monetaria.

Ornamento personal

Dentro del apartado dedicado al ornamento y aseo personal, el conjunto estudiado se reduce a cuatro piezas, tres pequeñas piezas metálicas y otra de hueso, lo que constituye una panorámica bastante reducida y parcial. Los objetos metálicos corresponden a dos pendientes de medio tamaño en forma de aro y un anillo elaborados en bronce. Aparecieron en el interior de la tumba n° 6, en la Cata 18, y seguramente pertenecieron a una mujer.

Vestimenta

Desgraciadamente, los textiles y prendas elaboradas con materiales orgánicos no superan el paso del tiempo. Por lo que, únicamente podemos rastrear su presencia a partir de los complementos de hueso o metal con los que contaban.

Uno de los objetos más habituales en contextos arqueológicos –especialmente funerarios– corresponde a la hebilla de cinturón, por lo demás una pieza muy abundante en el vestuario medieval, puesto que eran muchas las prendas o complementos que

iban sujetos con tiras y cintos dotados de hebillas, sobre todo en el caso de los caballeros, ataviados con armadura. De las siete piezas de bronce pertenecientes a hebillas que hemos estudiado, todas incompletas, hay que destacar especialmente el caso de dos ejemplares decorados en el marco (Fig. 7). Pertenecen a un tipo de hebilla simple, en forma de omega o D, que no conserva la placa que permitía su sujeción al cinto de cuero. Ambas corresponden al tipo I B definido para las hebillas inglesas, habituales entre 1250-1350, aproximadamente (POLITE 2010).



Fig. 7. Dos hebillas decoradas (Fotografía de Antonio Hernández).



Fig. 8. Pinjante en forma de cruz (Fotografía de Antonio Hernández).

Sin embargo, dentro del material procedente del castillo de Peracense hay que destacar el conjunto de pequeños apliques decorativos, elaborados en bronce sobredorado y que probablemente formarían parte del vestuario de algún caballero o del arnés de su caballo.

En primer lugar, incorporamos a este repertorio un pinjante en forma de cruz (Fig. 8), localizado en 1990 mediante prospección en el despoblado de Los Casares, a los pies del castillo. Los pinjantes son pequeños elementos decorativos colgantes con los que se solían embellecer diversas piezas del arnés del caballero, sobre todo del aparejo del caballo (RIQUER 1968; MARTÍN 1994).

Junto a esta pieza colgante, la Cata 4 del castillo ha aportado un conjunto plaquitas elaboradas mediante aleación de cobre, a molde y acabado sobredorado, posiblemente obtenidas a molde. Entre ellas sobresalen dos de forma cuadrada y decoradas en su anverso con un motivo heráldico: una cruz central rodeado por un punteado, en un caso, con ocho aspas o X y tres trazos en oblicuo ¿a modo de barras?, en el otro. Piezas muy semejantes se han recuperado en el castillo de Albarracín (ORTEGA 2006, nº 252-253).

No obstante, la pieza de mayor interés dentro de este grupo de apliques decorativos de prestigio ha sido hallada durante la campaña de 2015, en la ladera que desciende hacia la poterna. Se trata de una extraordinaria plaquita rectangular de bronce sobredorado y decorada con una flor de lis (Fig. 9). Está decorada mediante técnica de repujado y sobredorado, con el motivo principal rehundido. Corresponde a un interesante ejemplo de orfebrería bajomedieval, y probablemente formaba parte de algún cinto, quizás del vestuario de un caballero o de su arnés.

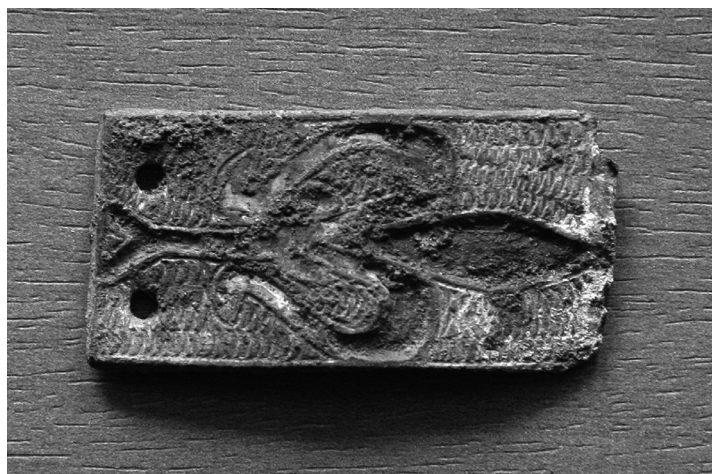


Fig. 9. Plaquita decorada (Fotografía de Antonio Hernández).

Armamento

En cambio, el castillo de Peracense ha proporcionado un numeroso y variado conjunto de piezas elaboradas en hierro pertenecientes a diversas armas, un reducido escaparate del conjunto armamentístico que sería utilizado en el interior de la fortaleza.

La mayoría de estos objetos corresponden a puntas de proyectiles que serían lanzadas por arcos y ballestas. El proyectil lanzado por el arco se denominaba flecha, y por la ballesta era la saeta o virote. Por lo general, éstos últimos eran dardos más cortos que la flecha, entre 30 y 40 cms. de largo, dotados de estabilizadores fabricados con cuero o madera, a diferencia de las plumas habituales en las flechas. Al conservarse únicamente la parte metálica de estos proyectiles, es difícil diferenciar si pertenecían las puntas a flechas o virotos, aunque en la Península Ibérica fue mayoritaria la utilización de ballestas. Dentro del amplio conjunto recuperado en el castillo, se han diferenciado la siguiente tipología de puntas (Fig. 10):

- Tipo 1, punta cuadrada o cuadrillo para ballesta. Presenta un vástago de sección cuadrada acabado en un extremo en forma de pirámide cuadrangular, tubular en el otro para el engarce de la flecha de madera, y suele medir 85-90 mm de longitud. Este tipo de flecha estaba destinado al ataque de infantería. Con 26 ejemplares.
- Tipo 2 de punta triangular o piramidal para ballesta con un vástago de 75-80 mm de longitud, sección circular y perfil cónico, acabado en una punta de sección triangular y hueco en el otro extremo para engarce. Debido a su forma, su escasa longitud de punta, solía tener uso polivalente, pero especialmente contra cuerpos armados, como la caballería, para atravesar el metal. Con 10 ejemplares.
- Tipo 3 con flecha barbada o peduncular, con un vástago de 85 mm de longitud y sección cuadrada y cilíndrica en un extremo para ser armada en el asta, cuya madera todavía se conserva, y dos pedúnculos de 56 mm. Este tipo de punta estaba pensado para ser utilizada contra animales, en la caza o el ataque a los caballos en el campo de batalla, y se debió utilizar tanto para arco como ballesta. Con 1 ejemplar.
- Tipo 4 con flecha hojiforme, con empuñadura sección tubular. Durante la campaña de 2015 se ha hallado otro ejemplar. Con 2 ejemplares.

El numeroso conjunto de puntas de ballesta pone de manifiesto que la principal arma utilizada en el interior de la fortaleza, para su defensa, fue la ballesta, que constituye la principal arma defensiva en el medievo peninsular. A corta distancia, las saetas lanzadas por ballesta alcanzaban tal potencia que podían llegar a atravesar el

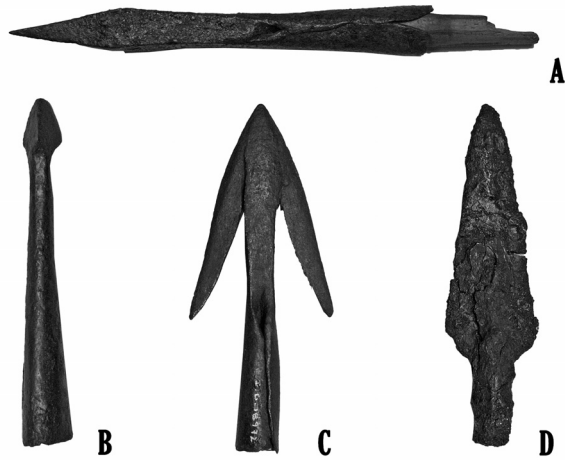


Fig. 10. Puntas de virote (Fotografía de Antonio Hernández).

arnés. Sin embargo, su potencia se contraponía a la lentitud de su recarga debido a la resistencia de la verga y cuerda, de modo que las unidades de ballesteros resultaban realmente efectivos como cuerpo defensivo en las fortalezas.

Frente al lote de puntas de flecha, los restos de espadas y cuchillos son bastante reducidos y muy parciales. A falta de algo mejor, la única parte conservada de una



Fig. 11. Pomo de espada (Fotografía de Antonio Hernández).

espada corresponde al pomo de empuñadura, en este caso de forma discoidal con botón liso, una pieza cerrada pero con dos orificios paralelos de sección rectangular para que pasara la espiga de la hoja, ancho en un lado para la empuñadura (Fig. 10). Está elaborado en bronce y a molde, y se conserva casi completo. Pertenece al tipo II de espada, con arriaz recto y pomo discoidal simple, también denominada espada románica, con representaciones iconográficas durante el siglo XIII (POLITE 2010).

En resumen, el conjunto de objetos relacionados con el armamento constituye el principal grupo, después de la cerámica, tanto en número como en variedad. El hallazgo de casi 40 puntas de fecha, presumiblemente virotos de ballesta, así como de componentes de otras armas como espadas y cuchillos está indicando la importante presencia de contingentes militares en el castillo de Peracense, lógico teniendo en cuenta su naturaleza fortificada. Las piezas metálicas pertenecientes al armamento permiten observar que, de un modo mayoritario, se utilizó la ballesta como arma defensiva del castillo, y se completó con armas punzantes como cuchillos y espadas, pero de modo minoritario. Esta significativa diferencia se debería al escaso número de caballeros que formaría parte de la guarnición del castillo, frente al de ballesteros. Ahora bien, quizás habría que tener en cuenta, para comprender este contraste, los procesos de uso, deterioro, desecho y reciclado de armas. En este caso, la localización de mineral de hierro en las cercanías puede explicar que las puntas de flecha usadas y perdidas no fueran recolectadas y vueltas a fundir.

Otras labores y actividades en el castillo

Los objetos no cerámicos permiten reconocer, además, aunque sea débilmente, alguna de las labores y actividades que se desarrollaban dentro del castillo, aparte de los procesos de alimentación y función militar. Se han estudiado algunos objetos relacionados con el juego, la religiosidad, la actividad textil y marroquinería, el mobiliario y confort doméstico, la edificación, la circulación monetaria y la metalurgia. Es complicado precisar si algunas de estas ocupaciones se realizarían a diario, o respondían a coyunturas más puntuales.

G. La fauna

El estudio faunístico se ha realizado sobre varios de los niveles excavados en 2016, un conjunto más asumible desde el punto de vista cuantitativo y con un mayor espectro cronológico. Así, los tres niveles estudiados han sido fechados a finales del siglo XI, finales del siglo XIII y siglo XV. Hay que indicar que la gran mayoría de restos óseos se tratan de esquiras o restos poco concluyentes que tendrían que ser revisados por expertos biólogos.



Fig. 12. Varias muestras de fauna: A, marcas de corte; B, cáprido; C, conejo; D, óvido, E, caballo; F, cérvido (Fotografías de Jesús Franco).

En todos los niveles abundan los huesos de ovicápridos y pequeños cérvidos (tipo corzo), de uso alimentario. Además de éstos animales, destinados a uso alimentario, también han aparecido restos de cerdo, conejo o bóvido, aunque en menor proporción. En el nivel 049, perteneciente al período andalusí taifal, hay que destacar la ausencia de cerdo. Resulta muy interesante la presencia de cortes provocados por herramientas en tres huesos, uno de ellos de bóvido, marcas provocadas por la manipulación para el consumo humano. Finalmente, los restos de caballo o perro demuestran el uso de animales para otras funciones diferentes a las alimenticias, y que igualmente serían necesarias en la Edad Media.

No obstante, la fauna constituye solo una parte de la alimentación en época medieval, y no la más importante. El alimento básico correspondía al pan, elaborado la mayor de las veces con una mezcla de cereales, probablemente en el propio castillo. En los estamentos populares urbanos, se estima que se destinaba la mitad del presupuesto alimentario a la compra del pan, lo que pone de manifiesto su importante papel en la dieta. Las legumbres y verduras tenían, también, un papel importante en la dieta, a tenor del elevado número de ollas destinadas a la cocción con abundante agua, así como escudillas para la mesa, lo que indica que los caldos, potajes y guisos serían muy habituales. Los documentos aluden mayoritariamente a habas, lentejas, guisantes, coles, cebolla, puerros y calabaza como protagonistas de los potajes.

La carne tendría un papel complementario, y la mayor de las veces se consumía en salazón o ahumada. Constituye el principal diferenciador social en la alimentación, siendo especialmente consumido por las clases privilegiadas (SERRANO 1998). La presencia de fuentes o tajadores en el castillo, elaborados por los alfares turolenses a partir de inicios del siglo XIV, puede indicar un aumento en el consumo de carnes guisadas o asadas, quizás debido a una mejora en la manutención de la tropa allí apostada. Queso, huevo y pescado completaban la dieta, especialmente reservado para los días de penitencia. La fruta está considerada como un artículo de lujo. Finalmente, la utilización del ajo, frutos secos y especias queda demostrada por la presencia constante de algún mortero. La bebida ordinaria es el vino, el cual ocupaba un lugar central dentro de la alimentación, especialmente en el campesinado. La variedad de recipientes destinados al servicio y consumo de vino demuestra la alta consideración que tenía esta bebida.

H. Conclusión

El castillo de Peracense es un buen ejemplo de la transformación social de la sociedad de frontera en el extremo meridional de Aragón durante los siglos XIII y XIV, especialmente en lo que atañe a los grupos sociales dominantes.

El testimonio que aportan las fuentes arqueológicas permite reconocer una parte de la vida social que se desarrollaba entre los muros de la fortaleza, un recinto cerrado en el que residían un número no muy elevado de soldados, cuyas primeras necesidades a cubrir eran el almacenaje, preparación y consumo de alimentos y bebida, así como el descanso. El dominio casi exclusivo de la olla hace pensar que cocinaban mayoritariamente mediante la cocción, a base de guisos, y el uso habitual de este recipiente explica el elevado número de piezas que se deterioraban, y se arrojaban al basurero. A diferencia de lo que ocurre en contextos urbanos, no están presentes en el castillo algunas piezas de uso mayoritario, lo que indica que una parte de la vajilla

de mesa debía estar fabricada en madera y otros materiales perecederos, la cual no suele dejar rastro. La vajilla consumida en el castillo tiene una procedencia diversa: el valle del Ebro superior, el área zaragozana, el área catalana, Paterna-Manises y Teruel, convirtiéndose éste último en mayoritario a partir de finales del siglo XIII. Si bien algunos de estos centros productores todavía no han sido estudiados en profundidad, la distribución de sus manufacturas en el castillo de Peracense resulta muy interesante.

La mayor parte de los objetos personales identificados se asocian claramente a los soldados, al corresponder a hebillas de cinto y apliques decorativos del arnés de los caballos. Respecto al armamento, el alto número de puntas de virote recuperadas demuestra que el arma mayoritariamente usada en el castillo fue la ballesta, en manos de los peones, mientras que la presencia de caballeros parecer ser muy exigua.

Agradecemos a José Luis Ona González, director de la intervención arqueológica en el castillo de Peracense entre 1988 y 1991, el habernos proporcionado la información y material gráfico relacionados con la estratigrafía de la Cata 4.

Bibliografía

- ALEXANDRE-BIDON, D. (2005): *Une archaéologie du goût*. Céramique et consommation, Paris.
- ALMAGRO BASCH, M. (1965): *Historia de Albarracín y su sierra*, Teruel.
- ANDRÉS Y VALERO, F. (1951): «Algunos datos sobre la reconquista de Monreal del Campo y su comarca», *Teruel*, 5, pp. 7-17.
- ANDRÉS Y VALERO, F. (1960): “Castillos turolenses”, *Teruel*, 24, pp. 46-79.
- del CAMPILLO, T. (1915) Documentos históricos de Daroca y su Comunidad, Zaragoza.
- CORRAL LAFUENTE, J. L. (1987): *La Comunidad de Aldeas de Daroca en los siglos XIII Y XIV: origen y proceso de consolidación*, Zaragoza.
- (1991) “Época medieval”, en F. Burillo (dir.), *Patrimonio histórico de Aragón. Comarca de Daroca*, Zaragoza.
- ESTEBAN ABAD, R. (1959): *Estudio histórico-político sobre la ciudad y Comunidad de Daroca*. Teruel.
- GONZÁLEZ PÉREZ, J.R. y MALIKALAIN TORRES, J., (1997): “Panorama de la cerámica medieval en Les Terres de Ponent”, *Cerámica medieval catalana*, Barcelona, pp. 213-223.
- GUITART APARICIO, C. (1976): *Castillos de Aragón*, tomo II, Zaragoza.
- GUITART APARICIO, C. y VICENTE DE CUÉLLAR, B. (1989): “El castillo de Peracense”, *Anuario de ciencias historiográficas de Aragón*, tomo II, Zaragoza.

- HERNÁNDEZ PARDOS, A. (2014): “La cerámica feudal entre mediados de los siglos XIII y XIV, según el repertorio de la plaza de la Judería de Teruel”, *Arqueología y Territorio medieval*, 21.
- HERNÁNDEZ PARDOS, A. y PÉREZ-ARANTEGUI, J. (en prensa) “Caracterización arqueométrica de la producción cerámica turolense a partir de mediados del siglo XIII”, XVII Congreso Asociación de Ceramología “En torno a la cerámica medieval”, Ojós (Murcia), noviembre 2014.
- HERNANDEZ PARDOS, A., ONA GONZALEZ, J.L. y FRANCO CALVO, J.G. (2016): “La intervención arqueológica en el castillo de Peracense (Teruel), campañas de 2015 y 2016”, *Salduie. Estudios de Prehistoria y Arqueología*, nº 16.
- LEDESMA, M^a L. (1993): «La sociedad de frontera en Aragón (siglos XII y XIII)», *Las sociedades de frontera en la España medieval* (II Seminario de Historia Medieval), Zaragoza, pp. 31-50.
- LÓPEZ ELUM, P. y COLL CONESA, J. (2006): *La producción cerámica de lujo en la Baja Edad Media: Manises y Paterna. Los materiales de los recipientes para uso alimentario: su evolución y cambios según los inventarios notariales*, Valencia.
- MACÍAS SOLÉ, J. M., MENCHÓN BES, J. i MUÑOZ MELGAR, A. (1997): “Cerámiques medievals a Tarragona. Aproximació al seu coneixement”, *Cerámica medieval catalana*, Barcelona, pp. 71-88.
- MARTÍN ANSÓN, M. L. (1994): *Catalogue de xapes de guarniment*, Fons del Museo Frederic Mares, nº 2, Ajuntament de Barcelona.
- MATESANZ VERA, P. (1995): “La cerámica medieval cristiana (s. XI a XIII) en el norte de Palencia: aspectos técnicos”, *Actas das 1º Jornadas de Cerâmica Medieval e Pos-Medieval*, Tondela 1992, pp. 67-76.
- (1995): “La cerámica medieval cristiana en el Norte (s. IX-XIII): estado de la cuestión”, *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, vol. 1, Madrid 1987, pp. 245-260.
- ONA GONZÁLEZ, J. L. (1991a): “Castillo de Peracense, 1988”, *Arqueología Aragonesa*, 1988-1989, pp. 273-277, Zaragoza.
- (1991b): “Castillo de Peracense, 1989”, *Arqueología Aragonesa*, pp. 279- 282, Zaragoza.
- (1992): “Castillo de Peracense, 1990”, *Arqueología Aragonesa*, 1990, pp. 165-168, Zaragoza.
- (1994): “Castillo de Peracense, 1991”, *Arqueología Aragonesa*, 1991, pp. 235-240, Zaragoza.
- ORTEGA ORTEGA, J. (2002): “Producción artesanal, transferencias comerciales y reproducción doméstica en Teruel durante la Baja Edad Media (ss. XIII-XV)”, ...*Operis terre turolii. La cerámica bajomedieval en Teruel*, Museo de Teruel, Teruel, pp. 11-188.
- (2003): “Señores y aldeas en las tierras del Jiloca a principios del siglo XIII”, en E. Benedicto (Coord.), *Comarca del Jiloca*, Zaragoza, pp., 89-100.

- (2006): Anatomía del esplendor. Fondos de la sala de Historia Medieval del Museo de Albarracín, Albarracín.
- POLITE CAVERO, C. M. (2010): *Guía de indumentaria medieval masculina. Peones ricos y acomodados (1168-1120)*.
- RIQUER, M. de (1968): *L'armés del cavaller. Armes i armadures catalanes*, Barcelona.
- SERRANO LARRAYOZ, F. (1998): “La alimentación de la realeza navarra en el siglo XV: las cuentas del hostel de la reina Blanca durante una romería a Zaragoza”, *La vida cotidiana en la Edad Media*, VIII Semana de Estudios medievales de Nájera, 1997, pp. 305-336.